

Alan KNIGHT: *The Mexican Revolution*. Vol. 1, *Porfirians, Liberals and Peasants*; vol. 2, *Counter Revolution and Reconstruction*. Nueva York, Cambridge University Press, 1986, XIX + XX + 619 pp.

Parecería que la historiografía de la revolución mexicana hubiera dado un viraje decisivo.¹ François-Xavier Guerra publicó en 1985 *Le Mexique de l'ancien régime a la révolution* (La Sorbonne-l'Harmattan, 2 vols.); Hans Werner Tobler publicó en 1984 *Die mexikanische Revolution: 1876-1940*, Frankfurt. Leshe Bethell acaba de compilar el tomo 5 de la *Cambridge History of Latin America* en el que se consagran 200 páginas a la revolución mexicana (Friedrich Katz, John Womack Jr. y Jean Meyer). En 1981 Friedrich Katz publicó un segundo volumen sobre México, *La guerra secreta en México. 1. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, México, ERA, 1982. Y ahora Alan Knight nos depara este fruto de la historiografía británica.

Setenta y cinco años después de la revolución mexicana todavía se sigue debatiendo cuál fue su alcance, su naturaleza y su importancia. La vasta literatura consagrada al tema se interesa en especial por las cuestiones sociales y políticas: ¿fueron conflictos imperialistas los que engendraron la violencia? Y en caso afirmativo, ¿cómo consiguieron dividir a la sociedad mexicana y sumergirla en la guerra civil? ¿O bien sólo la lucha de clases explicaría los diez años de tumultos? Ha habido varios supuestos teóricos que han sido aceptados durante mucho tiempo: la Revolución fue un movimiento del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; cuanto más violento fue el combate más profundo resultó el cambio revolucionario; por debajo de la revolución social subyacía un movimiento nacionalista antinorteamericano que respondía a las tentativas estadounidenses de bloquear la Revolución. Es más, la vulgata revolucionaria afirmaba que la revolución de 1910 había consistido en la sublevación de las clases populares contra las clases superiores y que el conflicto tenía fatalmente que estallar; así pues, el capítulo de los antecedentes era interminable. Partiendo de estos supuestos, el historiador devanaba el hilo de la historia de la victoria de "los de abajo", sumidos en la brecha abierta por la crisis política de la sucesión presidencial, del mismo modo que la revolución francesa comenzó con una rebelión aristocrática; el resultado ha-

¹ Sería necesario que algún día alguien se decidiera a hacer la recensión de la historia colectiva dirigida por Luis González y publicada en 23 volúmenes por El Colegio de México (1978-1986), *Historia de la Revolución mexicana*.

bía sido la revolución socioeconómica, simbolizada en la Constitución de 1917, y lo que vino después no fue sino la consecuencia de su aplicación. Durante mucho tiempo se ha visto, pues, en la revolución mexicana una revolución social, de masas, popular y nacionalista que culminó en 1917 y en el transcurso de la cual el pueblo destruyó un antiguo régimen, en tanto que los campesinos hicieron la reforma agraria y los obreros se organizaron, permitiendo así que el gobierno revolucionario forjara el nuevo México.

Durante los años cuarenta, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas tomaron una cierta distancia respecto a ese modelo, pero hubo que esperar a los años sesenta para que la evolución de la sociedad mexicana y la tragedia política del movimiento estudiantil —que tuvo su fin en octubre de 1968 en Tlatelolco— generaran una corriente revisionista que se fue acrecentando hasta que, recientemente, se volvió torrencial.

El gran debate revisionista —y más que de debate habría que hablar de moda— sienta en el banquillo a la revolución mexicana y la acusa, en el mejor de los casos, de haber sido interrumpida o traicionada, y con mayor frecuencia de haber sido estrictamente política y consistir en una fructífera manipulación de las masas. La Revolución sería, pues, exclusivamente, una lucha conducida por las élites y las clases medias, en la que el pueblo intervino de manera intermitente y de diferentes modos según las regiones, casi siempre dirigido por las clases medias. Se trataría de una guerra civil “burguesa” y no de una revolución socioeconómica. Cierto es que esta revolución nunca arremetió contra el capitalismo ni tampoco atacó el movimiento general de la economía, pero por muy revisionista que se sea no hay que olvidar que destruyó al ejército profesional, renovó por completo al personal político y liquidó al grupo oligárquico —sino es que a la clase— de los grandes terratenientes; erigió en definitiva un nuevo Estado, obra de la élite militar revolucionaria, que entre 1920 y 1940 llevó a cabo un proyecto nacionalista de modernización social y económica del que la reforma agraria y la lucha contra la iglesia católica son partes integrantes. ¿Cómo olvidar todo esto, cómo negar que la guerra causó estragos de 1913 a 1919 y que fue una formidable partera?

Dicho esto, Tocqueville tiene razón: hay continuidad entre 1900 y 1940, más allá de la ruptura de 1910-1920. Las grandes cuestiones son las del Estado y, como dice J. Womack, “el negocio de la Revolución es negocio” (*The business of the Revolution is business*). El nuevo Estado poderoso que nace de la Revolución es capaz de tratar con los Estados Unidos, de mediatizar a los campesinos

nos y a los obreros, de construir una nueva sociedad y de hacer que ésta trabaje para modernizar y producir. La filosofía de estos hombres nuevos no es muy diferente de la de sus contemporáneos, los radicales en Perú, en Chile y en Argentina, pero México no se ahorró una larga guerra civil. La guerra es el rasgo principal de la revolución mexicana y es el que dicta la periodización que adopta Knight: 1910-1920. La recaída de 1926-1929 en la guerra religiosa de los cristeros no tiene el mismo significado, ya que los campesinos católicos estaban solos y no pensaban siquiera en apoderarse del Estado. El tema ya no es tanto la revolución social como la revolución política, aun cuando Knight tome sus distancias respecto a los revisionistas. Para él, la revolución mexicana es enteramente popular —entre otras cosas; pero si bien los movimientos sociales como el zapatismo o el villismo son importantes, lo que cuenta más aún que su fuerza es su derrota o su mediatización.

Knight se extiende sobre la historia política que creó el nuevo Estado, pues como dice Womack (*Cambridge History*, p. 82), “allí donde la *fortuna* y la *virtud* entran en acción, sólo los detalles revelan la razón del resultado”.

Pese a los profundos cambios socioeconómicos que tuvieron lugar entre 1880 y 1900, el presidente Díaz había conseguido desarmar a todas las fuerzas de la oposición. Después de 1900 todo cambia. El secreto de la “paz porfiriana” se basa en la neutralización de los revoltosos de siempre, el ejército, las élites, las clases medias; sin ellos, las rebeliones populares no desembocaban en nada. Pero, después de 1900, la división en el seno de la élite y de la clase media desemboca en una crisis política de cuya gravedad el gobierno no es consciente. Knight habla de la “ventana de vulnerabilidad”, convirtiendo a toda crisis política en susceptible de degenerar en revolución social. “Esa ventana todavía estaba abierta cuando en 1910 Madero convocó al pueblo a las armas” (I, 104). Knight insiste en el hecho de que “la revolución de 1910 no estuvo anunciada por la acumulación de síntomas premonitorios: no hubo una fiebre progresiva que condujera a la explosión revolucionaria” (I, 169). Después de pasar revista al clásico capítulo de las causas remotas e inmediatas, de los orígenes y los antecedentes: la crisis económica de 1907, el flujo de inversiones extranjeras, la rivalidad euronorteamericana en torno a México, el alza de los precios y la baja de los salarios reales, Knight insiste en la dimensión política: “Cuando Madero ofreció una oportunidad a la rebelión, entonces los resentimientos acumulados por una generación se desbordaron y las barreras de la defensa se desmor-

naron. La crisis política de 1909-1910 condujo lógicamente a la crisis social de 1910-1915. Inmediatamente después, en tanto que no fueron creadas nuevas formas de legitimidad [. . .] prevalecería la fuerza mayor. He aquí todo el asunto de la Revolución” (I, 169).

Así pues, la dislocación del “antiguo régimen” no era inevitable; los errores políticos acumulados entre 1900 y 1910 provocaron una coalición heterogénea, y por tanto inmensa, en torno a Madero; esta ocasión política permitió unos meses de movilización social intensa en 1910-1911; el ascenso de Madero a la presidencia fue causa de que esta movilización decayera hasta que más tarde, en 1913, el golpe de Estado contrarrevolucionario la reavivó de manera definitiva.

El libro de Knight es extenso y ambicioso y, en lo que se refiere al periodo de 1910-1920, no cabe duda de que es un libro esencial. El enfoque que hace de la historia es global, tratando el tema en todas sus dimensiones geográficas y temáticas: sociedad, economía, diplomacia, mentalidades, historia nacional, regional y local. El resultado es una combinación notable de análisis y de narración, que utiliza óptimamente las fuentes primarias y secundarias, abarca una inmensa bibliografía, manifiesta una vasta cultura y, en la medida en que un extranjero lo puede juzgar, grandes dotes de escritura. El autor no desdeña las pausas de reflexión teórica o comparativa y dialoga con otros que han escrito sobre la Revolución y la emprende enérgicamente contra ellos, a veces demasiado enérgicamente y casi recurriendo a la violencia *ad hominem*. Knight nos enseña mucho y sobre todo destruye de paso múltiples falsedades, echa por tierra las aproximaciones y acaba con las falsas certidumbres. Habla de gentes, de regiones, de historias clásicamente olvidadas, como la masacre de chinos en Torreón en 1911, o de la rebelión de Juchitán, de las de Oaxaca, de Chiapas y de Tabasco, de la aventura de Manuel Peláez. Carece prácticamente de prejuicios y presenta con justeza a hombres tan diferentes como Huerta, el “malo” clásico de la historiografía, o como Carranza, mal visto por el revisionismo de izquierda, o como Villa u Obregón, el hombre que triunfa en 1920. Knight evita las trampas habituales del inquisidor y del moralista y manifiesta un escepticismo de buena ley respecto a las estadísticas y los modelos teóricos que conoce sobradamente.

El gran mérito del autor consiste en que no repite a nadie; cuando expone hipótesis, las formula con claridad y se empeña en verificarlas con la mayor concreción posible. Así pues, piensa —contrariamente a F. Katz— que los factores internacionales

afectaron muy levemente el curso de la Revolución (I, 150 sq.; II, 30, 69, 162), en lo cual coincide con Arthur Schlesinger Jr.; con él, Knight afirma que “la política de los Estados Unidos no fue un factor decisivo en la caída de Huerta”, así como tampoco en la derrota de Villa, y que la ocupación de Tampico y Veracruz por los *marines* en 1914 no tuvo ninguna consecuencia grave, como tampoco la tuvo la expedición Pershing. De la misma manera minimiza el papel que desempeñó Alemania o el de la primera guerra mundial; pone de nuevo en duda la dimensión nacionalista de la Revolución y precisa que el nacionalismo económico es una consecuencia del periodo 1910-1920 y no una causa (II, 161).

Knight, valiéndose de los conocimientos narrativos y geográficos que posee sobre los múltiples niveles de la Revolución, confiere toda su dimensión al fenómeno principal que engloba e implica a los demás, la guerra. La guerra civil no nació inevitablemente de separaciones fundamentales en la sociedad regional y local. La guerra ha sido con frecuencia una inseminación artificial de violencia en las comunidades locales y de ahí la riqueza de la historia local y la dificultad de inscribirla en una historia nacional simplificada. La contrarrevolución de 1913-1914 extendió la guerra, y por tanto la Revolución, por casi todo el país (salvo el sudeste). La leva, el pillaje y la represión acabaron con el empeño en la guerra de Huerta, del mismo modo que acabaron con el empeño en la guerra de los constitucionalistas después de 1915.

La guerra confiere su lógica a la Revolución y vuelve ilusorios los intentos reduccionistas de los constructores de modelos. “La Revolución sigue su curso y desarrolla su propia lógica, a la que no se puede precisamente vincular con los orígenes sociales o con las ideologías” (I, 302). “La «lógica» de la Revolución no implica ningún modelo *a priori*, ningún gran designio hegeliano; sugiere, antes bien, todo el conjunto de crisis, de acontecimientos, de opciones y de posibilidades al que los participantes han sido confrontados y respecto al cual ellos mismos sienten que tienen muy poco control”. Es así como al término de un estudio comparado de los campos existentes en el momento de la ruptura entre revolucionarios (1914) y de la “guerra entre los vencedores” (1915), Knight llega a decir: “a escala de la nación, no se podían distinguir las dos facciones, ni en términos de clase ni de identidad ideológica” (II, 295 y 317-318).

“Era el choque, no únicamente de clases, sino también de culturas, la una urbana, respetable, educada, nacional, consciente de su voluntad de progreso [. . .] la otra sobre todo rural, plebeya, iletrada, parroquial, mirando hacia el pasado a pesar de los pro-

gramas radicales" (I, 301 y 10-140; II, 270, 317). Tal es el sentido profundo del antagonismo irreductible que coloca de un lado a villistas, zapatistas y a muchos otros rebeldes, y del otro a los constitucionahstas, representados por Carranza y Obregón. A partir de esto, ya no es sorprendente encontrar a artesanos y proletarios urbanos en las filas carrancistas y se comprenden mejor las "alianzas anormales y las inconsistencias ideológicas [que] aumentan a medida que progresa la revolución" (I, 301).

Una vez propuesta esta clave, Knight la utiliza para ofrecernos su lectura de la revolución mexicana. Entre otros aspectos, destaquemos el valor que confiere a la violencia revolucionaria urbana, con demasiada frecuencia olvidada, y al papel de los artesanos en aquellos tumultos sangrientos y devastadores que caracterizaron las "entradas" de los ejércitos revolucionarios: la toma de Torreón, de La Laguna o de Durango.

Knight finaliza su relato en 1920, con la muerte violenta de Carranza, y constata que "sus errores decisivos fueron políticos; hubiera podido evitarlos, pero se enajenó, más que a las grandes masas, a grupos específicos organizados. De hecho, la historia de 1920 guarda una extraña similitud con la de 1910, cuando un viejo presidente, después de haber perdido el contacto con una realidad política cambiante, quiso perpetuar su reino contra la opinión pública y contra los celosos competidores" (II, 490).

En conclusión, después de 250 páginas dedicadas a estos años que tan mal conocemos y que han sido descuidados por los historiadores (1915-1920), Knight llega a la cuestión de la naturaleza de la revolución mexicana: "Las grandes guerras han sido las parteras del cambio en el siglo XX. En México la guerra fue civil y no internacional, pero en virtud de su carácter total, tuvo efectos comparables, duraderos pero imprevistos" (II, 518). La guerra dio muerte al reformismo maderista, liberal y tolerante; después, destruyó al antiguo régimen, más tarde sentó las bases de un presidencialismo sin freno, creó un nuevo ejército, una nueva administración, un nuevo Estado, sindicatos obreros y ligas agrarias que fueron sus clientes. Esto no implicaba la revolución económica (II, 496-497), y la revolución social no figuraba en el programa. Pero, no obstante, esta última tuvo lugar, en tanto que es cierto que "el cambio social informal, no planificado, no legislado, fue más importante que el cambio formal, codificado y a veces aplicado" (II, 517).

Es inevitable que la Revolución colecciona paradojas a partir del momento en que los hombres son rebasados por sus actos: Madero quería una reforma política, no deseaba un levantamiento popu-

lar; Huerta quería restablecer el orden pero propagó la guerra universal y quedó sepultado bajo sus ruinas; Villa y Zapata querían algo muy diferente de lo que obtuvieron primero en la victoria y después en la derrota; Carranza y los hombres de Sonora comenzaron en 1913 por defenderse contra el centralismo de Huerta, en una reacción de autodefensa, y después se encontraron conquistando todo el país, pactando con los obreros, negociando con los Estados Unidos y las compañías petroleras, hasta establecer los fundamentos de un neoporfirismo que prosperó allí donde el antiguo régimen había fracasado: en la incorporación de las masas (II, 526). El Estado momentáneamente frágil de un porfiriato en extinción, el de los "científicos", se convirtió, durante mucho tiempo, en un Estado invencible. Desde este punto de vista, la revolución mexicana, como la francesa, la rusa o la china, es la transición de un Estado frágil a uno poderoso.

No obstante, esta revolución se comprende mejor con la lectura de Tocqueville que con la de Lenin. Knight no difiere tanto de Guerra cuando dice: "Ésta fue la última de las «grandes» revoluciones que, siguiendo un modelo más tocquevilleano que leninista, ha permanecido esencialmente nacional, no ha producido modelo a seguir ni partido de vanguardia y, sobre todo, sirvió para reforzar más que para subvertir muchos de los rasgos del antiguo régimen que ella misma derribó. Podemos hacernos eco de Toqueville: un gobierno a la vez más fuerte y mucho más autocrático que el que la revolución había derrocado" (II, 497).

Los revolucionarios "de arriba" construyeron sobre las ruinas de la revolución anterior de los "de abajo". Los elementos populares que más participaron en la Revolución —los rurales, a los que Knight denomina los "serranos", los artesanos urbanos— fueron abandonados en aras del progreso. Como escribió en otra ocasión Barrington Moore Jr., los rurales proporcionaron la dinamita para destruir el antiguo orden y los que han construido el orden nuevo se subieron encima de sus hombros. Los principales beneficiarios de la Revolución son los obreros, que no fueron ni la vanguardia, ni la masa combatiente, hasta tal punto es cierto que la Revolución acelera el progreso que sus elementos populares quisieran detener.

Por eso Knight, que no teme a las analogías, no vacila en decir que esta revolución fue "en cierta manera el equivalente logrado y populista del viraje que el Kuo-Ming-Tang quiso llevar a cabo en China" (II, 527); una revolución desde arriba que no se ha convertido ni en fascismo ni en militarismo, incluso a causa de la revolución popular de la fase anterior, a la victoria del "proyecto

de la burguesía nacional”, la de los grandes movimientos populares de 1910-1914. Los vencedores supieron “enjaezar la energía y las quejas del movimiento popular a los fines antitéticos de la construcción del Estado y del desarrollo del capital” (II, 527).

¿Para qué oponer Knight a Guerra, o a Katz, o a Tobler? Más que competir, se complementan unos a otros; al leerlos a todos, se tiene derecho a pensar que existe una buena escuela europea sobre la revolución mexicana.

Jean MEYER
*Centro de Estudios Mexicanos
y Centroamericanos*